

Lecturas del pasado

María Coira

Problematizar las relaciones e interacción entre historia y novela, entre escritura y poder, y entre memoria y lenguaje constituyen cuestiones de vital importancia en una literatura que, como la hispanoamericana, ha buscado, una y otra vez, sus orígenes en las Crónicas de Indias.

La imbricación de historia y ficción, desde el punto de vista del género, aparece con fuerza en la Europa del siglo XIX, manifestación que hemos dado en llamar novela «histórica». Su traslado a América Latina es casi simultáneo con su desarrollo tanto porque la novela europea se lee en América cuanto por ser tomada como modelo por nuestros escritores. Sin embargo, la desarrollada en América Latina no es un calco de su modelo canónico. En el capítulo III de *El balcón barroco*, Noé Jitrik reflexiona acerca de lo ocurrido con la novela histórica en América Latina y apunta algunas diferencias respecto del modelo europeo. Sintetizamos aquí las líneas relevantes de dicha reflexión: 1) la novela histórica latinoamericana no busca respuestas a las preguntas acerca de la identidad de una clase, la burguesía, sino de una identidad nacional, de legitimidad: saber qué se es frente a otras identidades; 2) la percepción historiográfica latinoamericana es débil porque la historia está empezando a construirse; 3) hay una tendencia mayor a colocar los personajes históricos en roles protagónicos, como lo prueba la fascinación que ejercen Pancho Villa, Gaspar Francia o Juan Manuel de Rosas. Respecto de la trayectoria del género, Jitrik observa que «la historia total de la novela histórica se organiza como un

conjunto de desplazamientos en virtud de criterios, conceptos o funciones que la van modificando sustancialmente en su forma». ¹ Esta conceptualización permite, al citado crítico, considerar como novela histórica tanto a *Ivanhoe* de Walter Scott como a *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos. Nos manejamos, pues, con un criterio de continuidad que permite leer las variaciones y los desplazamientos del género. Este, lejos de verse como una sustancia, se lee en función del contexto cultural, histórico y literario implicando no sólo pautas formales sino también temáticas. Hechas estas consideraciones generales, no vamos a realizar aquí una historia de las etapas y manifestaciones de este tipo de novelas. Vamos a interrogarnos, más bien, acerca de su situación actual.

Al respecto, en 1979, durante el «Coloquio sobre la novela latinoamericana» organizado en Washington por el Wilson Center, Tomás Eloy Martínez sostenía la existencia de una creciente atención al discurso histórico por parte de los novelistas hispanoamericanos. La década siguiente ha confirmado esa tendencia. Una enumeración no exhaustiva nos brindaría numerosas publicaciones que en los últimos años han cruzado la historia y la ficción en el discurso novelístico. Consignamos aquí algunas de ellas: *Respiración artificial* de Ricardo Piglia (Argentina, 1980); *El desfile del amor* de Sergio Pitol (México, 1984); *Gringo viejo* de Carlos Fuentes (México, 1985); *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso (México, 1987); *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez (Colombia, 1988); *La novela de Perón* de Tomás Eloy Martínez (Argentina, 1987); *1492, vida y tiempos* de Juan Cabezón de Castilla de Homero Aridjis (México, 1985); *El ejército de ceniza* de José Pablo Feinman (Argentina, 1986); sólo como un muestreo de dicha tendencia novelística.

Ya en la época de la colonia, la historia y la ficción habían interactuado de manera significativa. Entre 1531 y 1543, la Corona española decidió impedir la entrada a América de libros de romance y fábulas considerando que esas

historias «mentirosas» podían ser nocivas para la evangelización de los indios. Si bien esta prohibición no obtuvo un éxito total, tal como ha sido constatado por el estudio de Irving A. Leonard *Los libros del conquistador*,² en cuyos apéndices detalla la infiltración de novelas a través de los puertos de la América colonial, es relevante el fenómeno ya apuntado por Jean Franco acerca de que al haberse prohibido la ficción es el discurso histórico de crónicas y relaciones el que, en parte, se hace cargo de la misma.³ Este juego, coincidente en algunos aspectos, divergente en otros, con recortes y focalizaciones ya similares, ya distintos entre las narraciones históricas y las ficcionales, nos coloca ante otra problemática: la de la escritura. Ya en 1936, Robin G. Collingwood había enunciado que sólo lo que se escribe es histórico. En realidad, lo que se escribe y reescribe una y otra vez. No basta el trazo escrito aislado; la supervivencia de sucesos, nombres, temas y estudios requiere su constante reelaboración, relectura y, por ende, reescritura.

Referir es, etimológicamente, también relatar. Y la escritura del relato juega a rescatar la memoria de los hombres. Ahora bien, si la memoria necesita para permanecer un sujeto que la escriba, también sabemos que ni la ficción, desde su imaginaria, ni el texto historiográfico, desde su supuesta objetividad, dejan de estar cruzados por la ideología. Así, podemos preguntarnos no sólo por la «versión» narrativa ofrecida a la elaboración del lector sino también qué es lo que se recorta: qué períodos, qué personajes, cuáles son las voces que se expresan y, especialmente, cuál es el espacio de lo no registrado por la historiografía y reconstruido por la ficción novelística.

El pasado como metáfora del presente

Marc Bloch prefería hablar de la historia como la ciencia de los hombres en el tiempo y no como la ciencia del pa-

sado. Asimismo, a la actitud tradicional de buscar comprender el presente a través del pasado agregó la de comprender el pasado mediante el presente. De ahí que no consideraba el trabajo histórico como tributario de la cronología y su interés por un método prudentemente regresivo, conciente de que no existen trayectos lineales ni en uno ni en otro sentido y de la importancia de saber leer las rupturas y discontinuidades imposibles de saltar. En esta interacción entre pasado y presente, Le Goff ⁴ aconseja escapar tanto de anacronismos como de considerar al pasado como algo ya dado. La historiografía ofrece nuevas lecturas, sufre pérdidas y resurrecciones, blancos en su memoria y revisiones. Asimismo, llama la atención sobre dos ilusiones posibles: la romántica al estilo de Michelet que presupone una resurrección integral del pasado y la positivista, cuyo exponente sería Ranke y su pretensión de relatar lo que exactamente sucedió. Un aspecto imposible de soslayar es, para Le Goff, el de que el interés por el pasado reside siempre en relación con el presente.

Esta teorización nos resulta productiva ya que observamos que una de las tendencias de la vertiente novelística nombrada consiste en ficcionalizar sobre la base de una investigación erudita acerca del pasado y, simultáneamente, hacer de esa ficcionalización del pasado una lectura metafórica acerca del presente.

1492, vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla ⁵ de Homero Aridjis ficcionaliza el mundo del conquistador en los años previos al Descubrimiento. En realidad, la narración comienza cien años antes, en el verano de 1391, con el asalto a la judería de Sevilla y concluye con el viaje de Colón a las Indias, en agosto de 1492. Si nos detenemos en la lectura del título, observamos que el orden de las palabras y la disposición tipográfica jerarquizan la fecha. Por otra parte, dada la extensión del mismo, es previsible que la novela tienda a ser identificada por la sola mención del año. El segundo renglón -o verso- pluraliza la notación temporal en el sustantivo «tiempos»: 1492 no es sólo un año; en realidad, es una

época que culmina en esa fecha. El último renglón corresponde al nombre del personaje y a su localización espacial: Juan Cabezón de Castilla. Observamos, pues, desde el tratamiento del título, un desplazamiento del personaje y un primer plano de lo temporal como época. El texto confirma este anticipo: lo histórico adquiere espesor y relevancia mientras que los personajes protagonistas no presentan una elaboración acerca de sus motivaciones ni de sus deseos; es decir, no están producidos configurando una psicología de personajes como fue predominante en las novelas canónicas del siglo XIX y parte de las del XX. Es así como constatamos personajes típicos que parecen haber sido extraídos de otras novelas, tal como es el caso de los pícaros.

Los «tiempos» aludidos refieren cuatro hitos históricos: 1492 es el año clave en que los Reyes Católicos ganan la guerra de Granada; el año en que firman el Edicto de Expulsión de los judíos de toda España; el año en que Antonio de Nebrija publica la primera **Gramática** castellana y en el que Cristóbal Colón descubre para Europa el Nuevo Mundo. **1492** puede ser leído como una bisagra entre lo que pasó y lo que cambió en el mundo a partir de esa fecha. Sabemos que la distinción entre pasado y presente es un elemento esencial de la concepción del tiempo. Una división pasado/presente a nivel colectivo implica una serie de operaciones, conscientes e inconscientes, en la vida de un pueblo. Le Goff ⁶ llama la atención sobre algunos ejemplos como el caso de los franceses donde se revela la función que desempeñó la revolución francesa en la conciencia nacional, desde el momento en que su historia contemporánea se inicia oficialmente en 1789. En realidad, en la mayor parte de los pueblos y naciones se encuentran cesuras ideológicas de este tipo. Es interesante considerar al respecto lo que implica tanto el peso del pasado como su desconocimiento o la escasa profundidad del mismo en el imaginario colectivo de un pueblo.

En el año del quinto centenario, no necesitamos explicarnos acerca del peso del acontecimiento que llamamos Descubrimiento en la conciencia e imaginario colectivo de pueblos tanto americanos cuanto europeos.

Ahora bien; de los hitos mencionados, la toma de Granada es solamente mencionada. Es objeto de una ficcionalización secundaria y no aparece como documento o verosímil del mismo. Al incluir aquí la palabra «documento», creo necesaria una digresión para dar cuenta de que el texto novelístico propiamente dicho se encuentra, por una parte, precedido por una nómina de autores e instituciones a quienes Aridjis agradece las crónicas, memorias, anales, diccionarios y publicación de documentos que han hecho posible su propio libro, y, por la otra, es seguido de un «Apéndice» que transcribe íntegro y textual un proceso que la «Santa Inquisición» sigue en Ciudad Real contra un hombre y una mujer judíos, hermanos entre sí, iniciado el 14 de noviembre de 1483 y con sentencia de fecha 30 de enero de 1484. Dicho «Apéndice» se extiende a lo largo de diez páginas y es importante destacar que los acusados son, a su vez, personajes de la novela que nos ocupa. Hallamos aquí un claro ejemplo de la tendencia arquelógico-erudita señalada anteriormente como una de las características de la novela histórica de la última década. No es casual que su autor sea mexicano si tenemos en cuenta la fuerte investigación realizada en México acerca de los documentos referidos a la Inquisición y su correlato en el revisionismo histórico operado en España al respecto después de la muerte de Franco.

Volvemos a la novela y a cómo aparecen ficcionalizados los hitos históricos mencionados. La publicación de la *Gramática* de Nebrija no está mencionada en la novela en sí, si bien Nebrija figura en la nómina de agradecimientos nombrada. Es mediante el tratamiento del lenguaje que accedemos a un verosímil de lengua arcaica, pre Nebrija y, asimismo, al castellano ya normatizado que presupone dicha *Gramática*. Este aspecto es importante, aunque no vamos a

detenernos en él, ya que llama la atención acerca de que en este cruce de historia y ficción no debemos atender sólo lo explícitamente narrado sino, muy especialmente, a lo no dicho, a los silencios e implícitos textuales.⁷

El Descubrimiento en sí no está narrado en esta novela sino en otra del mismo autor -**Memorias del Nuevo Mundo**, México, 1988- que continúa la saga narrativa. Aquí se detiene en la partida de las carabelas y la carga está puesta en presentar cuál es el mundo que el conquistador trae consigo a América configurado por su lenguaje y del cual la cruz y la espada son los símbolos más generalizados.

De los hitos enumerados como emergentes significativos del año 1492, el que aparece tematizado y jerarquizado por la narración es el de la expulsión de los judíos. El texto se transforma de una picaresca, cuyo modelo canónico es la anónima **Lazarillo de Tormes**, en la crónica de una persecución. Dicha crónica toma como cesura el 6 de febrero de 1481 cuando -conseguida ya la bula papal- se celebra el primer auto de fe en Sevilla:

«El fuego está encendido», escribió el cura de los Palacios, «quemará hasta que halle cabo a lo seco de la leña, que será necesario arder hasta que sean desgastados e muertos todos los que judaizaron, que non quede ninguno, e aun sus hijos, los que eran de veinte años arriba; e si fueron tocados de la misma lepra, aunque tuviesen menos». (1492, 147)

Se expande luego el registro de los hechos al reemplazarse las itinerancias del narrador protagonista por las calles de Madrid, por las recorridas a través de los reinos de España en búsqueda de su amada, judía prófuga. La búsqueda permite la descripción detallada de autos de fe, actitudes de los frailes dominicos, de los «familiares de la Inquisición», la recepción de largos relatos testimoniales confesados al narra-

dor por otros personajes y hasta la transcripción del testamento de un viejo judío que ocupa cuatro páginas en el texto. Se trabaja así no sólo con la reconstrucción histórica sino con la inclusión de documentos y pregones que introducen la lengua arcaica. Hacia el final de la novela (332 a 335), el texto presenta su grado máximo de referencialidad con la transcripción del edicto de expulsión del 30 de marzo de 1492. Es importante destacar que en la relación ficción-documento se llega a privilegiar este último aun en detrimento de convenciones de verosimilitud básicas. El narrador expresa que se pregonó el edicto ante multitudes y a continuación, entrecomillado, se transcribe el texto íntegro, en lugar de ofrecer una síntesis como es usual en la novela histórica canónica, como si ese narrador del siglo XV hubiese llevado a cabo una grabación. En realidad, todo el tratamiento del narrador-personaje implica una jerarquización de su rol de narrador y una minimización de su accionar y su verosimilitud como personaje. Juan Cabezón funciona para narrar; es por eso que, pese a estar presente en situaciones de riesgo, tratar a judíos, ser él mismo un converso, etc., nunca le pasa nada. El sobrevive como personaje para seguir funcionando como narrador. Como en el caso de Scherazada, en las *Mil y una noches*, el avance de la narración es correlato de la postergación de su muerte. Esto permite, a su vez, hacer de Juan Cabezón un ser problematizado por la conciencia de su privilegiada supervivencia, siendo la problematización una característica del héroe moderno:

Además, para mi propia vergüenza y a mi pesar, al verlos exánimes en el polvo sentí la alegría inmensa de encontrarme vivo bajo la luz del sol. (1492, 323)

El exilio y los desplazamientos abren el camino a la utopía y, al mismo tiempo, a la anticipación. El Descubrimiento y la Conquista, no narrativizados en el texto, anticipan sin embargo algunos de sus hechos: la persecución de

los indios, su evangelización compulsiva, las iglesias con la cruz levantada sobre las ruinas de sus antiguos templos como antes se habían consagrado al culto oficial mezquitas y sinagogas en España. También hay apertura: hacia lo nuevo, hacia la modernidad y hacia la creación de un nuevo espacio y tiempo histórico.

«Buen viaje faga el señor familiar de la Inquisición», dice Juan Cabezón a un fraile conocido. «Mal viaje faga vuestra merced en la empresa de don Cristóbal Colón», le contesta éste sin mirarlo. Este cruce de caminos, de direcciones espaciales y de palabras tematizan, a su vez, los caminos de la historia. El señor familiar de la Inquisición habla desde el poder, desde lo institucional y desde la certeza; Juan Cabezón lo hace desde la marginalidad y la incertidumbre de lo desconocido. Sin embargo, el lector, desde el presente, puede ver la inversión operada: un camino va hacia lo nuevo y el otro representa lo anacrónico.

Ahora bien; ¿es definitiva esa decodificación de lo anacrónico como algo superado? El lector de estos tiempos y de estas tierras latinoamericanas puede encontrar, también, ecos actuales de esta crónica de persecución. **1492**, que por una parte se nos presenta como una novela arqueológica, puede asimismo operar como una metáfora del presente, sin la catarsis que implica elaborar hechos contemporáneos, con la distancia que posibilita el trabajo documental sobre el siglo XV.

Hemos seguido hasta aquí, una de las tantas novelas que integran la tendencia a ficcionalizar el discurso histórico, observada en la narrativa hispanoamericana reciente, y lémos, así, una de sus manifestaciones: la lectura del pasado como metáfora del presente.

La historia ficcionalizando cuando se censura la imaginación, durante la Colonia; la ficción brindando versiones distintas de las de la historia oficial, en nuestras novelas actuales. Este es uno de los ejes propuestos para la re-

flexión. Así, en ocasión de recibir el premio Rómulo Gallegos por *Terra Nostra* en 1977, Carlos Fuentes expresa que:

*...la gigantesca tarea de la literatura latinoamericana contemporánea ha consistido en darle voz a los silencios de nuestra historia, en apropiarnos con palabras nuevas de un antiguo pasado que nos pertenece e invitarlo a sentarse a la mesa de un presente que sin él sería la del ayuno.*⁸

NOTAS

¹. Noé Jitrik, *El balcón barroco*. México: UNAM, 1988, 53.

². Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.

³. Dice Jean Franco: «...los materiales novelísticos potenciales tendían a ser desviados por otros conductos. El nuevo mundo no podía importar ni publicar novelas, ya que los indios debían ser preservados de una literatura de ficción que podía hacerles concebir dudas acerca de las verdades religiosas. De ahí que anécdotas picantes que hubieran podido dar origen a una novela picaresca o a un volumen de cuentos al estilo de Boccaccio, se presentaran como formando parte de una crónica histórica... Por eso la novela apenas existió en la América colonial...» Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana*, «La imaginación colonizada». Barcelona: Ariel, 1975, 19.

⁴. Jacques Le Goff, *Pensar la historia*. Barcelona: Paidós, 1991.

⁵. Homero Aridjis, *1492, vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla*. México: siglo veintiuno, 1985. (En adelante 1492). Las citas de la novela pertenecen a esta edición

⁶. Jacques Le Goff, 174-175.

⁷ Este aspecto en particular ha sido objeto de nuestro trabajo «La Gramática callada», *Celebis. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 1 (1991): 77-84.

⁸ Citado por Djelal Kadir en «Historia y novela: dramatización de la palabra», en Roberto González Echavarría (comp.), *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Coloquio de Yale. Caracas: Monte Avila, 1984, 300.